



Lafora al terminar sus estudios de Medicina (1906).

quienes destaca el doctor Valenciano Gayá, inteligente y ameno autor de esta detallada biografía. ■ MANUEL GONZALEZ DE CHAVEZ.

Teatro y sociedad

Emilio Salcedo, gran periodista, crítico teatral, colaborador en más de una ocasión en las páginas de TRIUNFO, es conocido, sobre todo, como autor del que ya puede contemplarse como un texto clásico en el tema, "Vida de don Miguel", la más rigurosa y documentada de las biografías de Unamuno.

Hace poco publicaba "Teatro y sociedad en el Valladolid del siglo XIX", libro de características un tanto insólitas, editado por el Ayuntamiento de aquella ciudad. Libro también ejemplar, dentro de su tono obligadamente menor, por lo que tiene de indagación singularizada y, a la vez, de propósito generalizador. De manera que, suministrándonos una serie de datos sobre la vida teatral de la ciudad —describiendo la historia de los locales, en buena parte abiertos durante la centuria, con relación de sus principales temporadas, censo de autores y comentarios de la crítica—, consigue establecer la relación entre la misma y la realidad social y política del Valladolid decimonónico, encuadrada a su vez dentro de las coordenadas nacionales.

Para el lector de mis críticas teatrales no resultará extraña mi valoración de ese tipo de investigaciones. Sin confundir la sociología con la poética, y sabiendo muy bien que esta úl-

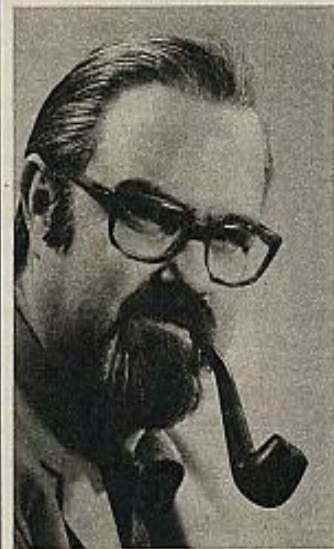
tima se traduce en una formulación específica, inmersa en las revelaciones sensibles que corresponden al arte, también soy de los que tienen claro que la historia del teatro es inseparable de la historia del medio social en que se produce. Y, por lo tanto, que resulta quimérico cualquier intento de comprensión "atemporalizada" de una obra teatral, tanto si pensamos en su obligada vinculación a su época como, de otra parte, en el carácter, asimismo condicionado por nuestro tiempo, de nuestras interpretaciones.

Trabajando en otro tema, buscando documentos y hurgando en las hemerotecas, Salcedo se encontró con una serie de materiales que le permitían esbozar una crónica del Valladolid decimonónico, a la vez que la de su teatro. La cita de Jovellanos —"Esta carestía de la entrada alejará al pueblo del teatro, y para mí tanto mejor. Yo no pretendo cerrar a nadie sus puertas; estén en hora buena abiertas a todo el mundo; pero conviene dificultar indirectamente la entrada a la gente pobre que vive de su trabajo, para la cual el tiempo es dinero y el teatro más casto y depurado una distracción perniciosa— le sirve a Salcedo para abrir una reflexión fecunda en sugerencias. Penosas, pero reales. Porque son muchos los testimonios, partiendo ya del muy autorizado de Jovellanos, que muestran no sólo la radical y dirigida separación entre el teatro y las clases populares —a las que se les reconocía el derecho a divertirse en su escaso tiempo de ocio jugando a la pelota o a los bolos, merendando, bebiendo o triscando por los campos, pero no a acceder a los espectáculos—, sino la función que, a través de ese monopolio, le fue asignada a la escena. Refiriéndose a la inauguración del teatro Lope de Vega vallisoletano, en diciembre de 1861, Salcedo nos da testimonios de una significación esclarecedora: "El pueblo será desplazado hacia las localidades altas, con peores asientos, más lejos del escenario, donde malamente se ve y no es visto, localidades que recibirán el nombre de paraíso porque se llega a ellas tras una interminable ascensión, o de gallinero, localida-

des más económicas desde luego y a las que se accede siempre por otras puertas sin posibilidad de coincidir con los elegantes del patio y los palcos. El teatro, como espectáculo, cumple al fin el sueño de los ilustrados y empieza a dejar de ser popular por algo tan simple pero tan decisivo". La crónica de la inauguración habla de los aplausos del elegantísimo público al arquitecto, a los propietarios y a los poetas que leyeron sus encendidos versos de circunstancias. La banda del Regimiento de Almanse tocó la Marcha Real en escena y el gobernador descubrió un busto de Isabel II. Se representaba "El premio del bien hablar", de Lope de Vega, y, curiosamente, el cronista prologaba su relato de los acontecimientos epilógicos diciendo: "Terminada la comedia, de cuya ejecución no nos ocuparemos, etc.". Es decir, que ni importaba la comedia ni el modo de hacerla, sino cuanto tenía el acto de afirmación clausista. El que, al final, el mismo revisero asegurara que aquella había sido "una preciosa página más que añadir a la crónica teatral y a la tan rica en timbres historia del teatro" prueba que no son de nuestros días los aires que intentan explicar el curso del teatro a la luz de la realidad social, sólo que cuando tales aires soplaban desde la derecha parecían "naturales" y ahora suenan a muchos oídos como una herejía artística.

A veces, cuando en tantos debates surge el tema del teatro

Emilio Salcedo.



popular, se tiene la sensación de hablar en el vacío, de querer forzar la naturaleza propia del teatro. En cambio, leyendo investigaciones como esta de Emilio Salcedo todo se ordena adecuadamente, y al clarificarse la historia "social" del "hecho teatral", la relación entre teatro, público, sala, circunstancias políticas y económicas, organización del teatro, literatura dramática y estética de la representación, uno comprende que buena parte de esa "naturaleza del teatro" es resultado de un conjunto de factores, las más de las veces examinados con apresuramiento o falta de información. El libro de Salcedo es un capítulo de esa historia social del teatro español que algún día será necesario escribir y que cuenta ya con varias aportaciones de enorme interés. En especial, el teatro del XVII. ■ JOSE MONLEON.

El I Congreso de Escritores Españoles

Escribir en España es llorar, según la amarga frase de Larra, que, no por manoseada hasta convertirla en tópico, deja de reflejar una triste verdad. Si la tarea del escritor estaba frecuentemente empapada en lágrimas en el primer tercio del siglo pasado, en el último de la actual centuria no ha mejorado sensiblemente su situación. En el aspecto económico, porque aún abundan las gentes que consideran su labor como un "hobby" divertido y piensan que la satisfacción de una presunta vanidad literaria constituye recompensa sobrada a su trabajo para que encima pretenda vivir de los libros que publica. En el político, por la extremada dificultad y evidentes riesgos que implica decir lo que se siente en un país en que casi siempre hay que sentir lo que se dice. Y si incluso en pleno franquismo llegó a hacerse famosa la advertencia entre los botafumeiros del Caudillo de que "quien escribe se proscribe", en todas las épocas de nuestra historia los versos de Quevedo han sido algo más profundo que un ingenioso juego de palabras. La demostración está en una larga lista —que va del arcipreste a Mi-